

CURSO AVANZADO TOMO 4

EL ESPÍRITU DE SANTIDAD

Durante muchos años, tanto en India como en América, predicar acerca de las líneas sutiles que dividen a los cristianos en sus distintos puntos de vista sobre la vida espiritual más profunda. Usando un pasaje de las Escrituras, ya otro. Me convertí en la iglesia de los amigos, con su énfasis tradicional sobre la obra del Espíritu Santo. Durante los últimos cien años, grandes sectores del cuaquerismo han sido influenciados por el énfasis Wesleyano que emana de la Asociación Nacional de Santidad de Norteamérica. Por lo tanto, he nacido y me he criado dentro del movimiento de santidad. Cuando era jovencito me esforzaba en llevar una vida cristiana de santidad, y tenía problema entre la doctrina que había escuchado y mi propia experiencia religiosa. Estas preocupaciones me llevaron a hacer estudios más profundos sobre la doctrina de la santidad.

Encontré que había mucha confusión, porque el movimiento de santidad hacía un énfasis exagerado en algunos aspectos de la doctrina mientras hacía caso omiso de otros.

Por ejemplo, se hacía tanto énfasis en la crisis de la santificación que se olvidaban del valor del desarrollo de una vida santa. Los predicadores trataban de llevar al creyente hasta la crisis de santificación, pero fuera de eso, no mostraban interés en el crecimiento de la vida espiritual. Otra cosa, no hacían mucha diferencia entre la carnalidad que debía ser erradicada y la naturaleza humana purificada, que debía de ser disciplinada. Muchos tenían miedo de hablar de disciplina por temor que se le acusara de enseñar supresión. Tampoco, se les daba mucho énfasis a las tentaciones de la vida santificada.

Al estudiar los libros de los grandes hombres de santidad, especialmente al Wesleyanismo, hallé la respuesta a muchas de mis preguntas, pero perdí de vista cual debía ser el énfasis principal. Por lo menos aprendí que la doctrina de la santidad cuadra mejor con la Biblia cuando se le pone en un equilibrio adecuado.

EL ELEMENTO TIEMPO EN LA SALVACIÓN

Hemos aprendido a dividir el tiempo en presente, pasado y futuro.

La parte del tiempo realmente importante para nosotros es el ahora. ¿Cuán largo es el ahora?

Parece ser el punto en el cual la eternidad irrumpe en el río del tiempo, igual que una brasa de carbón que al pasar por una corriente de aire se enciende y chisporrotea.

Eso es ahora. Mientras nos vamos moviendo en el devenir del tiempo, vivimos siempre en el ahora, porque el ahora es algo que se mueve junto con nosotros. Esto es lo que el apóstol quiere explicar cuando escribe, hoy es el tiempo de salvación. No solamente es hoy o ahora el tiempo de aceptar a Cristo, sino que es la única salvación que tiene validez y significado. Es la que tenemos momento a momento. En este mismo sentido habla el apóstol Juan al decir que nosotros estamos teniendo vida eterna. Es lo que quiere dar a entender Pablo cuando dice en Romanos 8:1 ahora pues ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús. No es suficiente que apuntemos atrás cuando fuimos reconciliados con Dios y nacidos de nuevo. Es necesario que vivamos sin condenación cada momento sucesivo del ahora.

La salvación más que ninguna otra cosa, es algo que pertenece al momento presente: una cosa viviente fluida. Tiene sus memorias y sus esperanzas, pero memorias y esperanzas serían incapaces a la realidad si las hacemos sustitutos de la salvación que es ahora. Feliz es el hombre que puede hablar de un día específico del pasado, un tiempo definido el día de su conversión. El cristiano se enriquece con sus grandes experiencias espirituales. Pero debe tener cuidado que esas experiencias del pasado no se conviertan en el sustituto de vivir, santamente ahora. Hay muchos testimonios de sobre el día, mes y año de cuando se convirtieron. Eso es motivo de gozo, si no se convierte en una memoria estéril que olvida que la salvación es un proceso continuo.

La esperanza es una parte muy bendita de la gracia divina, cuando la usamos para enriquecer nuestra vida cristiana, pero es un grave peligro cuando se convierte en un escape de la realidad presente. La cruz entra en nuestra experiencia en el preciso momento cuando dejamos de impresionar a Dios con nuestras bondades y nos arrodillamos para recibir el perdón por la sangre derramada de Cristo. La salvación que se mantiene en el gozo del presente es aquella que solo depende del Cristo crucificado y resucitado, Cristo viviendo dentro de nosotros tal como nosotros vivimos en Él.

¿Qué podemos hacer cuando notamos que nuestra vida se desliza a niveles más bajos? Debemos tratar de mantener unas relaciones justas con nuestro prójimo. Devolver lo que es propiedad de otro si lo hemos tomado sin permiso. Corregir las malas impresiones que hemos causado, cumplir las promesas que hemos hecho a Dios y a nuestro prójimo. Una salvación

viviente debe estar basada en la rectitud. La rectitud algunas veces no sale barata. No es tanto el volumen de las faltas lo que importa, sino las zorras pequeñas que estropean la viña de una conciencia limpia. Es necesario mantener el gozo. No hay manera más rápida de perder el gozo que andar por el camino de la derrota. Es muy importante mantener una vida devocional ferviente. Y mantener una vida santificada. La santificación como experiencia llega a la vida cuando uno decide rendirse por completo a Dios. Sin rendición no hay santificación. La conservación de la victoria depende de una vida devocional constante. Las devociones a la ligera producen un carácter frívolo. También es muy importante dar testimonio de lo que Dios ha hecho con nuestras vidas. El testimonio conserva el brillo de nuestra experiencia.

LA SANTIFICACIÓN DEL YO

El Espíritu Santo, la tercera persona de la Trinidad, santifica el yo carnal y purifica nuestros corazones de toda carnalidad. Lo más importante de ese bautismo de fuego es la pureza de corazón.

Si alguno oye mi voz, y abre la puerta, entraré a él. Lo único que puede mantener a Cristo fuera de nosotros es nuestra propia voluntad que no se rinde. Ya no necesitamos más evidencia que el testimonio del Espíritu Santo. En la vida del cristiano hay dos grandes polos, el yo y Dios.

El punto crucial que debemos entender bien es este: Lo que debe morir es esta doblez de vida, pero no el yo el cual es su centro. Todos aquellos que buscan la vida de la plenitud del Espíritu Santo hablan de la muerte del yo, pero esto es algo simbólico. El yo o sea nuestra personalidad debe seguir viviendo, pero lo que debe morir es el egoísmo o yoísmo. Es este modo de vida que surge inevitablemente cuando el yo humano se aparta de Dios en cualquier manera. El yo es santo y bueno porque fue hecho por Dios. El yo se torna malo, cuando comienza a hacer su propia voluntad fuera de la voluntad de Dios. Él no nos quita ni una sola partícula de nuestra naturaleza humana legítima que Él solo ha creado. Él quita solamente la mancha de nuestra rebelión y purifica nuestra rebelión hasta que viene a hacer una santa obediencia a sus mandamientos y ordenanzas. Y así nuestra experiencia se mantiene fresca. Juan Wesley tenía una regla en sus reuniones que nadie podía dar testimonio que no fuera más fresco que una semana. Muchos cristianos cubren las fallas del de la vida presente con la promesa que se hacen ellos mismos que un día tendrán la victoria sobre el pecado. Feliz es el hombre que mantiene la victoria sobre el pecado. No debemos tener lástima a aquel hombre que ha decidido llevar la cruz de Cristo y obedece, pero si debemos tener lástima a aquellos que son meros religiosos, y nunca han abrazado la cruz de Cristo.

Recordemos que hay tres cosas que nos ayudan a mantener la victoria en nuestras vidas.

1-Buenas relaciones con nuestro prójimo.

2-Victoria sobre la tentación.

3-Dar testimonio.

Algunos creyentes se afligen por malos pensamientos que le asaltan mientras oramos. No olvidemos que Satanás es nuestro enemigo. Solo échalos fuera y sigue tu atención sin ponerle atención al enemigo.

No procures dar testimonio discutiendo para ganar tu idea. Discutir no es testificar, El

silencio habla más alto que discutir. Las almas no se ganan discutiendo, habla de Cristo díles lo que Él hizo en ti.

Algunos tienen problema en recibir el Espíritu Santo.

Si alguno grita ruega procura ser bueno, ¿recibirá el Espíritu Santo?

No, la Biblia dice: Si alguno oye mi voz y abre la puerta. Él está dispuesto a llenarnos con el Espíritu Santo.

Si hay alguna tardanza, algún entorpecimiento, si hay clamores y lágrimas y gemidos no se debe a la voluntad del Señor, sino a nuestra dificultad para abrir la puerta. Hablando francamente mientras más viejos somos, cuanto más tiempo posponemos nuestra decisión y más se arraigan nuestros hábitos, más sucio se vuelve nuestro corazón, y más difícil se nos hace abrir la puerta. Además, para algunas personas el ser lleno del Espíritu Santo es algo electrizante; para otros una experiencia muy emocionante; para otros una sencilla sensación de paz. Pero ningunas de estas experiencias son normativas. Lo esencial de todo es la pureza de corazón. Aprenda de memoria Romanos 8: 7 El Espíritu Santo bautiza de diferentes maneras. Él no tiene un molde. Si leemos el libro de los Hechos nos damos cuenta que a los creyentes que fueron bautizados con el Espíritu Santo lo recibieron de diferentes maneras. En el avivamiento en Samaria no hubo señales. Hechos 8: 15-17 no habla de señales. En la casa de Cornelio hubo lenguas. Fue la única señal. (Hechos 10:45-46) En Pentecostés hubo varias señales. (Hechos 2)

El bautismo del apóstol Pablo solo cayeron escamas de sus ojos, no habla de señales. (Hechos 9: 17-18) En el bautismo de los discípulos de Éfeso hubo dos señales, (Hechos 19: 6) lenguas y profecía. Así que no podemos ser dogmáticos, y enseñar que debe ser siempre una misma señal. La única señal constante del bautismo a través de la Biblia es la pureza de corazón. Y eso ocurre siempre y cuando.